

SERMÓN DÉCIMOCUARTO

(predicado en la Capilla del Sagrario de Bogotá, 1886).

La Esperanza y la Eucaristía.

Iam non bibam de hoc genimine vitis, usque in diem illum, cum illud bibam novum in regno Dei.

Ya no beberé otra vez con vosotros de este fruto de la vid, hasta aquel día en que tengo de gustarlo nuevo en el Reino de Dios.

Marc. 14, 25.

1. ¿No advertís, cristianos, el misterio escondido en estas palabras del Salvador á sus discípulos, los comensales de la noche de la Cena? «*Ya no beberé otra vez con vosotros de este fruto de la vid, hasta aquel día en que tengo de gustarlo nuevo en el Reino de Dios.*» ¿Quién no admira aquí expresada la identidad de los dos banquetes, el del Cenáculo y el del Reino celestial, el de la santa Eucaristía, y el de la eterna Bienaventuranza? ¿No es uno mismo el fruto de la vid que en ambas mesas se propina, el que ha de gustar Cristo, y nosotros con Él? Evidentemente lo dicen las palabras de Jesús, advirtiéndolo sí, que en la gloria se dará *nuevo* el vino añejo de su preciosa sangre; nuevo, si no en la sustancia, ciertamente en el modo de servirlo y de gustarlo. He aquí, hermanos míos, un pensamiento no menos dulce al corazón que apropiado para servir de apoyo á la proposición que intento desarrollar en esta tarde, á gloria del Sacramento augusto que aviva y despierta en nuestros corazones la segunda de las virtudes teologales, *la Esperanza*.

2. Es, en efecto, la institución de la sagrada Eucaristía el baluarte firmísimo de la esperanza cristiana, de tal suerte que, el que cree en ella y la recibe, no caerá jamás en el espantoso abismo de la desesperación. *El que cree en mí*, decía el Salvador, *aunque estuviere*

*muerto, vivirá*¹: aunque estuviere muerto por el pecado, vivirá por la esperanza de recobrar la gracia y, mediante ella, alcanzará la vida eterna. Porque, bien considerada esta virtud teologal, tiene por objeto la bienaventuranza de la gloria; y, por motivo, la fidelidad de Dios á sus promesas. Esperamos firmemente, apoyados en la palabra infalible de aquel Señor que nos ha dicho como á Abraham: *Yo seré tu galardón*², de Aquél que, supuesta nuestra fidelidad á sus santos mandamientos, para cuya guarda nos dará los auxilios suficientes de su gracia, nos coronará también con la eterna posesión del Bien infinito que es Él mismo: *Ego ero merces tua*. Y seguros y tranquilos, como el hijo que duerme sin recelo sobre la palabra de su padre, abrigamos esta dulce confianza en nuestro seno, á imitación del pacientísimo Job, quien, en medio de sus dolores, solazábase diciendo: *En mi seno guardo depositada esta esperanza*³. Ahora bien, en la divina Eucaristía vinculó Cristo Señor nuestro, como discurre un docto y piadoso escritor⁴, seis excelentes promesas, en que están cifradas todas las que pertenecen á nuestra salvación; y por prenda para la seguridad de ellas diónos este admirable Sacramento, que encierra lo que vale tanto como todas. Véase lo que Cristo promete por San Juan: «*El que come mi carne, y bebe mi sangre, está en mí, y yo en él; vivirá por mí, como yo vivo por mi Padre; no tendrá más hambre ni sed; no morirá, sino vivirá para siempre; tiene en sí la vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.*»⁵ Concretando, pues, nues-

¹ Io. 11, 25.

² Gen. 15, 1.

³ Job 19, 27.

⁴ *La Puente*, De la perfección en general tr. 4, cap. 4.

⁵ Io. 6, per totum.

tro asunto, veremos, 1.º cómo la Eucaristía es imagen de la gloria, y 2.º cómo es prenda segura de alcanzarla. De donde en consecuencia sacaremos que es sólido apoyo de nuestra esperanza, y que, lo mismo que esta virtud, nos hace fuertes y templados. Invoquemos á María, *madre de la santa esperanza*¹. *Ave María*.

I.

3. «¡Oh sagrado banquete, exclama la Iglesia, en el cual se nos da una prenda de la vida verdadera!»² Mas no sólo una prenda de la gloria es la sagrada Eucaristía; porque, bien mirada, es la gloria misma, anticipada á nuestras esperanzas. ¡Oh bondad inestimable del Dador de todo bien, pues, no contento con reservar para nosotros aquella vianda regalada de la posesión de sí mismo en la patria, nos la da á probar en el destierro, dejándose gustar sacramentado! Con razón aseguran los santos Doctores que por la Eucaristía la tierra se ha trocado en cielo; pues lo que constituye sustancialmente la felicidad de los comprensores, es lo mismo que tenemos ya los afortunados viadores. Oíd al gran Crisóstomo: «Mientras vivimos en esta vida, la tierra es para nosotros cielo por obra de este divino misterio»³; porque, prosigue diciendo un devoto escritor, el mismo Señor que honra el cielo con su presencia, y alegra y llena de bienes á los bienaventurados, ése está en la tierra con nosotros *con todo su poder y grandeza*, para llenarnos de sus bienes⁴. Aquí se nos

¹ Eccli. 24, 24. ² Eccl. in offic. SS. Sacram.

³ Dum in hac vita sumus, ut terra nobis caelum sit, facit hoc mysterium (*Chrys.*, Hom. 24 in 2 Cor.).

⁴ *La Puente*, ubi supra.

da lo mismo que allá se nos dará, dice otro no menos pío escritor ascético, sólo que aquí debajo de accidentes, y allá á plato descubierto¹. No difiere, pues, la dicha de los que poseemos á Dios en la Eucaristía, de la felicidad de los que le ven á cara descubierta en el cielo, sino en el modo de poseerle y de gozarle, que no en la cosa misma poseída. ¿No tenemos aquí á Dios, al Dios verdadero, al Bien Sumo, al Dios vivo y vidente, como habla San Agustín, á quien están contemplando eternamente los bienaventurados?² Verdad es que ellos le ven: *Prométese á nosotros la visión de Dios*, dice el santo Doctor; pero, aunque en el Sacramento de su real presencia no le vemos con los ojos del cuerpo glorificado, vémosle, á través de los sacramentales velos, con los ojos de la mente iluminada por la fe. Y de todos modos, es lo cierto que realmente le poseemos, porque aquí está no sólo el Verbo Encarnado, sino el Padre y el Espíritu Santo que le hacen inseparable compañía y vienen y moran con nosotros. Así lo asegura terminantemente el Salvador: *Vendremos á él, y moraremos en su casa*³. Por donde viene á decir el ya citado autor: «Si quieres que tu alma se convierta en cielo, come este Pan celestial; porque, siendo trono suyo, serás también su cielo, comenzando desde luego á gustar en la tierra la vida que esperas gozar en el cielo.»⁴ Más allá no puede Dios mismo adelantar la dádiva de sí, puesto caso que, si hubiéramos de verle aquí, claramente, como realmente le poseemos, la vida presente no sería ya de prueba y de

¹ P. *Al. Rodríguez*, Trat. del SS. Sacram.

² *Aug.*, Sermon. 10 de verb. Domini.

³ Io. 14, 23. ⁴ *La Puente* l. c.

pasaje, sino de asiento y goce perdurable. En tal caso ya podríamos exclamar con el Apóstol arrobado en el Tabor: *Bonum est nos hic esse!*¹ Pero ¿no sería esto un desatino? En verdad, Pedro *no sabía lo que hablaba*².

4. Muy dignas de ponderación, hermanos míos, son aquellas palabras del Señor, hablando expresamente de la manducación de su cuerpo: *El que come este pan vivirá eternamente*³. La expresión *vivet* no parece significar solamente la promesa de la vida eterna, sino afirmar la realidad de esta vida poseída actualmente, aunque no en su plenitud. Pero ¿cómo dudar de que así sea, cuando el mismo Jesucristo de un modo clarísimo lo asegura por estas otras palabras: *El que come mi carne, tiene la vida eterna*⁴? Tiénela ya de presente, no sólo en esperanza para el porvenir. ¡Oh! ¡y qué bien se comprende que, quien posee á Dios en la Eucaristía, tiene ya la vida verdadera! Imagen viva de la gloria, la Eucaristía es la luz de la esperanza cristiana que alienta y da vida al corazón. El corazón que espera con tal firmeza que tiene ya seguro el bien que se le promete, y está como tocándole con la mano, no es un corazón muerto, es un corazón que respira lleno de vida y de felicidad. Donde la esperanza fenece, allí ciertamente es la muerte quien impera. Donde aquélla languidece y desmaya, la muerte se aproxima y lucha con la vida. Por eso la muerte del cristiano, bañada por los rayos de la aurora de otra vida que ha de lucir cuando la temporal se extinga, no es muerte propiamente, ni casi puede así llamarse: diríase mejor sueño, metamorfosis, cambio de vida. *Nuestro amigo Lázaro duerme*⁵,

¹ Marc. 9, 4.² Ibid. 9, 5.³ Io. 6, 59.⁴ Ibid. 6, 55.⁵ Io. 11, 11.

decía Jesús á sus discípulos; y de la otra difunta tendida ya en el féretro afirmaba el Señor: *No está muerta la niña, sino dormida*¹. Estos muertos iban á resucitar en seguida, verdad es; mas nosotros, que creemos en Él y le recibimos en el Sacramento de su cuerpo y sangre, ¿no hemos de resucitar también en el día final? *Yo lo resucitaré en el último día*². La cuestión, como veis, es sólo de tiempo, la realidad de la vida es la misma: *No así el impio*, no por cierto, exclama el Profeta; *mas como puñado de polvo que arroja el viento y lo disipa de la haz de la tierra*³. Porque, muerto ya en vida por la desesperación, no aguarda para después de su último aliento sino la total extinción de su ser, la nada; y ¡aun esta mísera esperanza le saldrá fallida! porque lo que hallará serán tinieblas y condenación eterna, peor infinitamente que la misma nada. *Bien le estuviera no haber nacido*⁴.

5. Aun acá sobre la tierra, desierto donde vaga el hombre peregrino en busca de la tierra prometida, sólo la columna de fuego de la esperanza, con sus alegres irradiaciones entre las tinieblas de la noche de la vida, impide al cansado viajero sucumbir al peso de sus interminables desventuras. ¡Cuarenta años sostuvo la esperanza al errante pueblo de Israel por el desierto! Los que incrédulos desconfiaron de la palabra de Dios quedaron, á millares, sepultados en la caliente arena; pero la generación nueva, los hijos de la esperanza, tomaron posesión de la tierra que manaba leche y miel. ¿Quién sino el Ángel de la esperanza salvó de la muerte á la desvalida Agar y al hijo agonizante de la esclava?

¹ Matth. 9, 24.² Io. 6, 40.³ Ps. 1, 4.⁴ Matth. 26, 24.

Y, si tales prodigios obra la esperanza de terreno bienestar, ¿qué no será capaz de obrar en el alma del creyente la esperanza de bienes eternos, avivada con la posesión de la divina Eucaristía?

6. Porque en este misterio se encierra, cristianos, no sólo la imagen sustancial de la bienaventuranza, sino el modelo y perfectísimo ideal de la gloria que esperamos. Si hemos de ser eternamente felices, con gloria de alma y cuerpo, como la fe nos lo asevera, sin duda lo seremos á semejanza de Jesús, y por la participación de su gloria, según aquello del Apóstol: «*Cuando apareciere Cristo, vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con Él gloriosos.*»¹ Pues bien; no es menor la gloria de Jesucristo en la Eucaristía que en el cielo. Porque en ella, á pesar de la muerte mística que embarga al Cordero inmolado en el altar, está Jesús lleno de vida en sí mismo², como causa y fuente de nuestra vida; á pesar de la aparente humillación del sepulcro, que no otra cosa es el tabernáculo, disfruta nuestro Salvador de toda la felicidad que corresponde al que es Cabeza de todos los predestinados. No hablo de Jesucristo en cuanto Dios, cuya gloria es infinita, la misma del Padre y del Espíritu Santo, como canta la Iglesia diariamente: *Tu solus Altissimus, Iesu Christe, cum Sancto Spiritu in gloria Dei Patris*³. Refiriéndome á la gloria del Hijo del Hombre, como tal; digo que, ya sea que se considere la de su alma santísima, ya la de su cuerpo glorioso, es en la Eucaristía el dechado de la que tendrán los justos después del día de la Resurrección de la carne á vida inmortal. En efecto, aquí está el alma de Cristo disfrutando de la visión clara de

¹ Col. 3, 4.² Io. 5, 26.³ Eccl. in Missa.

Dios con lumbre de gloria excelentísima, con la cual no sólo ve y entiende la divina esencia con suma perfección, sino que posee todas las ciencias naturales y sobrenaturales de todas las cosas, con toda la eminencia que conviene al alma que está unida con la Sabiduría del Eterno Padre, de quien procede toda la ciencia de ángeles y hombres. Aquí, en la Eucaristía, está el alma de Cristo con su voluntad encendidísima, ardiendo en llamas de amor beatífico de Dios y de los hombres por Él. Y á par de la caridad, propia de la voluntad deificada, están en ella todas las demás virtudes con suma excelencia, como vestidura riquísima con que á sí misma se engalana, y adorna también á los que dignamente le reciben sacramentado. Aquí goza finalmente esa dichosísima voluntad del mar de los tesoros de los deleites celestiales, porque bebe del río caudaloso de los goces de Dios hasta hartar sus deseos con hartura suma, y con tanta plenitud, que de lo que le sobra, puede llenar á todos los bienaventurados de alegría¹.

7. Mas ya que el ideal de la bienaventuranza del hombre no se limita á la gloria del espíritu, sino que, rebosando ésta de la parte superior de nuestro ser, ha de inundar de felicidad al mismo cuerpo, revestido de hermosura y satisfecho con todos los goces del sentido, contemplemos algo más de propósito la gloria del sagrado Cuerpo de Nuestro Señor en el trono de la Eucaristía, no menos resplandeciente que en el cielo empíreo. ¡Oh, si nos fuese concedido por un instante verle, rasgados los velos de las especies sacramentales, como está realmente allí, en ese Tabor del Santísimo Sacramento! Allí está adornado de aquellas cuatro dotes de gloria que recibió el

¹ *La Puente*, tr. 4, cap. 3.

día de su Resurrección: allí está inmortal é impasible, mil veces más brillante que el sol, con la agilidad, sutileza ó espiritualidad que le conviene según su estado glorioso, y con tanta belleza en cada una de sus partes, que basta para robar la afición de los que le miran¹. Allí está tan bello como lo describió la Esposa en el libro de los Cantares², *totus desiderabilis*, todo él amable y dignísimo de ser deseado y amado de todos los hombres. Cinco soles de inmenso resplandor, que aumentan sobremanera su hermosura, adornan sus manos, pies y costado, donde en otro tiempo se abrieron crueles llagas; setenta y dos estrellas, que corresponden á otras tantas heridas que hicieron las espinas, forman en la cabeza de este gloriosísimo cuerpo una corona de inmortalidad, más lucida que joyel de diamantes. Y ¿no se dilatará nuestro corazón contemplando en el cuerpo glorioso de nuestro Salvador sacramentado el modelo del nuestro después de la resurrección?

8. Síguese de aquí que la sagrada Eucaristía, avivando nuestra esperanza con la hermosa perspectiva de la gloria del cielo, inunda de goces celestiales el vacío del pobre corazón humano. ¡Qué maravilla que las almas regaladas con las delicias eucarísticas experimenten insuperable hastío por los placeres de la tierra! Á estas almas no deslumbradas por el falso brillo de los bienes pasajeros, no les es difícil moderar y tener á raya los afectos terrenos, en lo cual consiste el oficio de la virtud de la templanza. Toman de este mundo apenas lo indispensable para el viático de la eternidad, despreciando todo lo superfluo, contentos, como el Apóstol, de tener alimentos y vestido con que sostener la vida

¹ *La Puente* l. c.

² Cant. 5, 10 sqq.

y atender á la decencia¹. ¿Pues qué? ¿no se han visto santos, como Catalina de Sena, que se sustentaban durante muchos días con el solo pan de la Eucaristía, con el regalado manjar del Cordero sin mancilla? ¡Ah! y ¡qué poco sabor debe encontrar en el banquete eucarístico el alma cuyo contentamiento se cifra en la posesión y goce de bienes terrenales! Pero también ¡qué pocos atractivos tiene el cielo para esta clase de almas apegadas á la tierra! ¡Qué amortiguada está en ellas la esperanza!

II.

9. Pasemos á considerar la sagrada Eucaristía como prenda segura de la bienaventuranza prometida. El Apóstol San Pablo nos presenta en forma elocuente el siguiente argumento de nuestra confianza omnimoda en el Dador de todo bien: *Quien no perdonó á su propio Hijo, antes lo entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de haber dado juntamente con él todos los bienes?*² El argumento es de los que se llaman á *pári*, porque concluye con la misma fuerza de razón con que se afirman las premisas. Y basados en él podemos discurrir así para nuestro propósito. Quien nos dió la sagrada Eucaristía, y esto en el país de la prueba y del dolor, ¿cómo no nos ha de dar la gloria en la patria que será el teatro de las eternas recompensas? Si tan exquisita es la vianda dispuesta en este Sacramento á los pobres viadores, ¿cuál será la opulencia del banquete celestial preparado para los que llegaron al término del viaje, conseguida la victoria decisiva? *Ni el ojo vió, dice el Apóstol, ni el oído oyó, ni cupo*

¹ Tim. 6, 8.

² Rom. 8, 32.

en corazón de hombre lo que preparó Dios para los que le aman¹. Bastábanos ciertamente para asegurarnos del cumplimiento de las promesas divinas la palabra del que es fiel por excelencia: *fidelis Deus*²; bastábanos tantas otras pruebas, ya generales, ya particulares, como nos acreditan la indefectible fidelidad divina, efecto de su veracidad, bondad y omnipotencia. *El cielo y la tierra pasarán, dice el Señor, pero mis palabras no quedarán sin cumplirse*³. Quiso, no obstante, aquel Señor que mide todo el fondo de nuestra debilidad, sostener nuestra lánguida esperanza con la prenda más valiosa que pudiera imaginarse, la dádiva de sí mismo en el Sacramento de la Eucaristía. Como si dijera, en tono de familiar coloquio, al medroso mortal, ó, mejor aún, al pecador instintivamente desconfiado: «Para asegurarte de que yo he de ser tu recompensa, mira que yo mismo quiero ser tu alimento, porque *Mi carne es verdaderamente manjar tuyo.*» ¡Qué dignación tan soberana! ¡Qué condescendencia tan maravillosa con las exigencias de nuestra poquedad!

10. Á la verdad, carísimos hermanos, no teníamos poca necesidad de ser así sostenidos por el brazo de la divina clemencia, atendida la gravedad de los motivos que nos inclinaban á la desconfianza. Mas ¿por qué desconfiar? No ciertamente por lo que toca á la parte de nuestro buen Dios y Señor; sí, únicamente, por lo que mira á nosotros mismos. Porque, puesto el hombre culpado en presencia de sí mismo y de sus hechos criminales, ¿cómo podrá menos de caer en desconfianza de entrar en posesión del reino prometido? «¡Ah! podrá decir allá en sus horas de reflexión, yo

¹ 1 Cor. 2, 9.² Ibid. 1, 9.³ Marc. 13, 31.

bien sé cuán bueno es Dios, cuán dadivoso, como que es la bondad misma; y por lo tanto daríame, sin merecerla yo jamás, su bienaventuranza, dado caso que yo hubiese permanecido fiel á sus preceptos, aunque manchado en el origen mismo de mi vida...; daríamela acaso, si, una vez delincuente pero arrepentido, hubiese yo guardado mi palabra de nueva, inviolable fidelidad: porque á la inocencia adquirida en el agua del bautismo, y aun á la penitencia sincera, atestiguada con la fe de la promesa cumplida, aunque nada de esto implique mérito riguroso de una gloria sobrenatural, concibo que corresponda la fe de las promesas divinas. Pero á una conducta como la mía, mil veces reprochable; á una falta absoluta de fidelidad á mi palabra, á tantos abominables perjurios, pues he violado los más sagrados juramentos, aun después de haberlos sellado con lágrimas al pie de los altares... ¿cómo esperar que otorgue Dios la recompensa prometida á la virtud, aun supuesto el final aunque tardío arrepentimiento de mis faltas? ¿No deberé pensar como el desventurado Caín, que *es demasiado grande mi iniquidad para que merezca perdón*¹?» — Así parece que tendría derecho á discurrir el pobre pecador, abrumado de miserias, remordimientos y temores, si la institución de la sagrada Eucaristía no acudiese á enderezar su descaminado discurso.

11. Porque, en efecto, si la Eucaristía hubiese sido instituída únicamente para alimentar á los ángeles de la tierra, para regalar á las almas puras é inocentes, pudiera deducirse que sólo para éstas estaba reservado el cielo. Pero si aquélla es también el remedio heroico de las almas enfermas, si Jesucristo me permite recibirle

¹ Gen. 4, 13.

después de haberle mil veces ultrajado, con tal que arrastre á sus pies mi humilde arrepentimiento y llegue, como la Magdalena, á enjugárselos con mis lágrimas, confesando mi suma indignidad¹; si lleva su condescendencia mi Salvador hasta el extremo de dejarse gustar por labios inmundos, que convierten en tósigo de muerte el alimento de vida... ¿cómo no he de persuadirme, en virtud de tantas demostraciones, de la firmeza de voluntad con que Dios quiere, no obstante mi excesiva ingratitud y vileza, darme la posesión eterna de sí mismo? Discurriendo de esta suerte, vengo á reconocer, y no me engaña este discurso, que Dios tiene voluntad eficaz de salvarme, así como la tiene de estar siempre conmigo en el augusto Sacramento.

12. Vigorizado el corazón con la deliciosa confianza de ver cumplidas las divinas promesas, no haya miedo que nos dejemos arrastrar hasta el fondo de nuestra debilidad, abusando neciamente de la liberalidad divina. Mucho influye la seguridad del éxito en la energía de la acción con que se trabaja para obtenerlo. La Eucaristía es fuente de fortaleza cristiana. Con esta virtud acometemos animosos, con ella permanecemos firmes en la lucha. Es muy alto y escarpado el monte del Señor: *¿Quién podrá subir á él?*² y es el hombre flaco y cobarde en demasía. ¿No le vemos más de una vez, desesperado en el combate de la vida, renunciar definitivamente á la felicidad terrena, para la que se persuade no haber nacido, cortando de un golpe el hilo de su mísera existencia? Tal es la historia escandalosa del suicidio tan menudeado en estos tiempos de decadencia

¹ Domine, non sum dignus... (Eccl. in ss. Missæ sacrif.).

² Quis ascendet in montem Domini? (Ps. 23, 3).

moral. ¡Oh! pues esto mismo le sucede al hombre, no alguna sino millares de veces, con respecto á la felicidad eterna, la cual, colocada de suyo tan arriba, exige esfuerzos más que titánicos para conquistarla. Aturdido el infeliz mortal por su mismo apocamiento, sin duda á causa de haber olvidado, en el tráfago de la vida presente, la palabra de vida futura, al columbrar los alcázares del cielo, puestos arriba de las nubes, mide de una ojeada la distancia, calcula las asperezas de la vía, y dice, en el tono amargo de la desesperación: ¡No he nacido para volar tan alto! ¡no he nacido para el cielo! No me siento con fuerzas de gigante ni corazón de héroe. Ciertamente, cristianos, el que así se abate no conoce el tesoro de fortaleza que posee en la sagrada Eucaristía. El verdadero cristiano, puesto, cual otro Elias, al pie del monte misterioso, aunque á punto de quedar desmayado, siéntese robustecido con el Pan eucarístico para escalar la alta cumbre. *Y llegó, con la fortaleza de aquel manjar, hasta el monte de Dios*¹.

13. ¡Oh vosotras, almas débiles y enfermizas, que vivís siempre en angustias, porque no hay calma donde falta la fuerza para el bien obrar; vosotras que, para no sentir el aguijón de vuestras propias flaquezas, os vais engañando cada día, ora con frívolos entretenimientos del sentido, ora también con falsas devociones y piedad mentida! venid por fin con viva fe y humilde corazón á implorar al pie de los altares los recursos de fortaleza que os brinda el Dios de la Eucaristía, que es el Dios de la esperanza y Padre de las misericordias. Él os dará, en premio de los esfuerzos hechos para recibirle dignamente, aquella maravillosa *pedra blanca*

¹ 3 Reg. 19, 8.

que Él mismo promete en el Apocalipsis¹, la cual, como explican los expositores², significa la esperanza cierta de vida eterna fundada en las riquezas espirituales que comunica en el divino Sacramento. Con ella os dará juntamente una prenda de absolución de vuestras culpas, de remisión de las penas eternas y de elección para reinar con Él en la bienaventurada eternidad. Así sea.

SERMÓN DÉCIMOQUINTO

(predicado en la Capilla del Sagrario, Bogotá, 1886).

La Caridad, columna de la Eucaristía.

In medio est ipse accensus ob filias Jerusalem.
En medio está él ardiendo de amor por las hijas de Jerusalén.

Cant. 3, 10.

1. Fruto de la Fe es la Esperanza; mas ni una ni otra llegan á la perfección de que el hombre es capaz en esta vida, por más que sean ambas á dos efusiones del Espíritu Santo en nuestras almas. Es á la Caridad á la que corresponde santificar plenamente el espíritu del hombre, enriqueciéndole con la plenitud de la gracia y el tesoro de todas las virtudes. *Charitas, vinculum perfectionis*³. Porque, *siendo Dios caridad, el que posee la caridad permanece unido á Dios*⁴. ¡Feliz el hombre que tiene la fe y la esperanza! pero más feliz el que posee la caridad, que, como dice el Apóstol, es el mayor de los dones celestiales⁵. De aquí es que la caridad no sólo no podía faltar en el edificio de la sacrosanta

¹ Apoc. 2, 17.

² *La Puente* l. c. tr. 4, cap. 7, § 3.

³ Col. 3, 14.

⁴ 1 Io. 4, 16.

⁵ 1 Cor. 13, 13.

Eucaristía, concedida á los hombres para hacerlos bienaventurados en la tierra, sino que ella es la principal y más vistosa de las columnas que lo sustentan. Sí, cristianos: la caridad es columna de oro purísimo del templo eucarístico. Y admirad desde luego el maravilloso simbolismo de ese rey de los metales.

2. Nada pudiera simbolizar mejor que el oro las excelencias y propiedades de la divina caridad. ¿Qué otra materia ha creado Dios en el seno de la tierra más pura y más sólida y brillante? De aquí la estimación universal y nunca desmentida en que el hombre de todo tiempo y clima lo ha tenido, hasta emprender dilatadísimos viajes, afrontando peligros de muerte por mar y tierra, á fin de conseguirlo. *¿Á qué no obligas los pechos de los mortales*, exclama el poeta latino, *maldita sed del oro*?¹ Nada ha encendido más la codicia humana que el preciado metal, cuyos rayos parecen deslumbrar los ojos y fascinar el corazón. ¿Pues qué decir de su belleza? Si no fuera tanta, no sería el oro la materia de las obras de arte más preciosas, ni el engaste natural y apropiado de las famosas piedras del Oriente. ¿Hay otro que pueda sustituirle en la corona de los reyes, en la tiara de los pontífices, en los sagrados vasos del altar, en los collares de las princesas y en las cruces pectorales de los príncipes de la Iglesia? Ninguno ciertamente; y por eso Dios mismo, en los tiempos modernos como en los antiguos, así en los templos cristianos como en el de Salomón, se ha dignado servirse de él para su culto. Y lo que es más notable, del oro se ha valido el Espíritu Santo como de término de comparación y semejanza para darnos la

¹ *Verg. Æn.* III, 57.